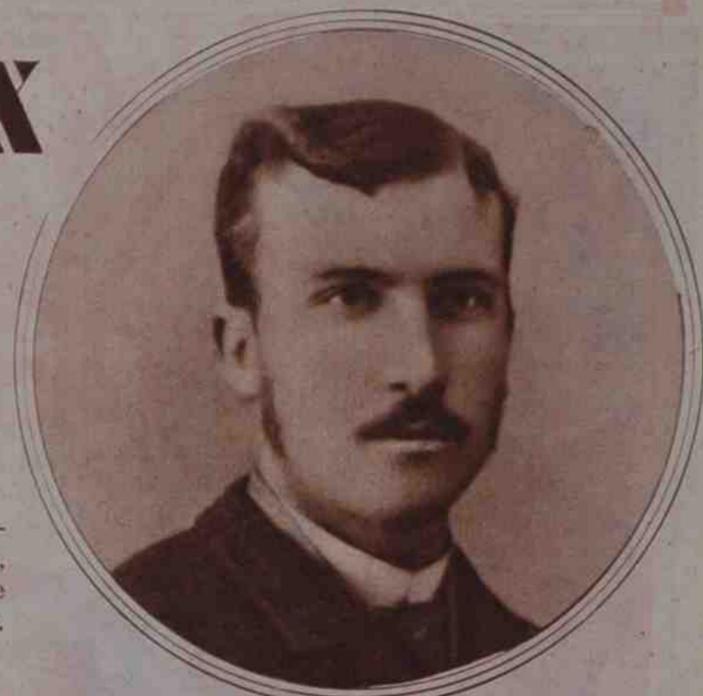


D. ALEJANDRO LERROUX DESDE SU INFANCIA

LA PRIMERA PASION Y LOS PRIMEROS RIPIOS. CAMPAÑAS, TRIUNFOS,
EMOCIONES. LOS DUELOS.

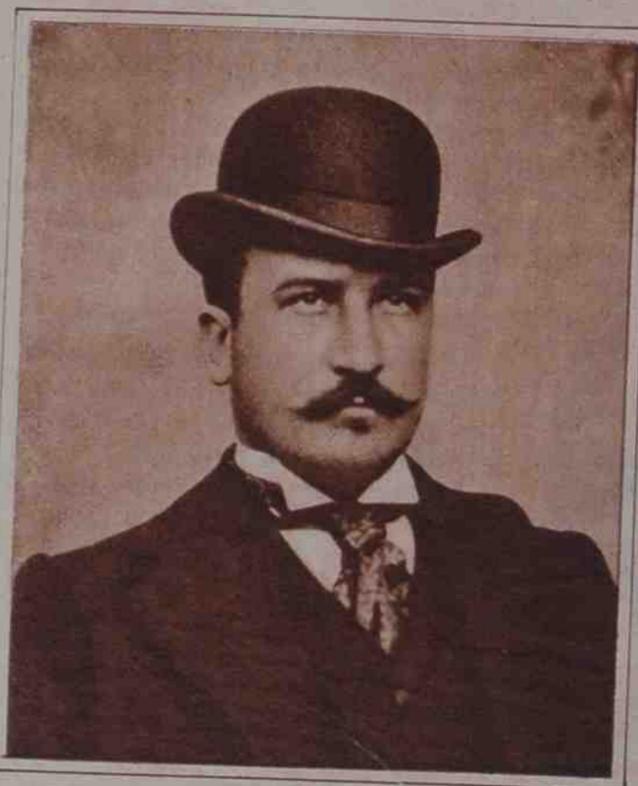


Así era don Alejandro en la época en que hacía se-
guros contra los pedriscos y comenzaba a sentir en
su espíritu una profunda inquietud.

UN pequeño "hall". Los divanes ya dicen, con sus desgastados terciopelos, lo larga y paciente que es la espera de la democracia. Uno se encoge un poco y entorna los ojos para mejor recoger la imagen del ministro.

¡Magnífica fisiología la del señor Lerroux! Rizos blancos sobre la tez sonrosada; ojos vivos tras de los espejuelos; busto abombado y arrogante; clara y entonada voz.

¡Lerroux! La historia política de lo que va de siglo en un nombre. Todas las aclamaciones, to-



En 1895, después de haber sido meritorio en la redacción de "El País", llega a ser su director. Por esta época toda la redacción es procesada, y Lerroux consigue escapar a Francia.

dos los dictérios. Y voluntad, voluntad, voluntad. Voluntad e inteligencia. Y valor.

¿Seguimos el descubrimiento?

PUES VERA USTED...

—¿Y qué le voy a contar?

Es verdad. ¿Qué nos va a contar el señor Lerroux? Nos va a contar algunos fragmentos de su biografía... Puesto que las circunstancias, a más de su destacada personalidad, lo sitúan en los primeros planos de la vida política española, vamos a procurar una cosa, a nuestro juicio difícil. Vamos a procurar que cuente; nada más.

—¿Y qué le voy a contar?

—Vamos a hablar de su infancia, de su pueblo, de algunos momentos de su vida.

—Pues, verá usted...

SACRISTAN, CAMPANERO, MONAGUILLO

—Yo nací en La Rambla (Córdoba), en 1864, y en una casa llamada "Casa de Jesús".

La casa era conocida por este nombre porque en la fachada se abría una hornacina en la que se veía un lienzo que representaba a Jesucristo. Mi padre era militar. Y ¿a que no sabe usted qué inocente manía era la suya? Pues quiso que todos los nombres de sus hijos empezaran por A.

—El se llamaba...

—Alejandro. Y mis hermanos—algunos ya fallecidos—se llamaron: Arturo, Alfredo, Alberto, Armando, Alejandro, Adriana, Armando—porque murió el primero—, Aurelio, Amelia y Amador. Hasta la criada se llamaba Adelaida.

—¿Pero eso originaría confusiones?

—Naturalmente. Sobre todo al marcar las ropas. Por eso había que utilizar el segundo nombre, que solía ser el del santo del día. Así yo me llamo Alejandro Casimiro.

—¿Dónde estudió usted?

—En escuelas particulares, en los Escolapios de Alcalá de Henares, en el Instituto del Noviciado y en Villavera, con un tío mío que era cura y me enseñó el latín.

—¿No sintió impulsos de seguir la carrera eclesiástica?

—No. No, porque en esa época fui campanero, sacristán y monaguillo, todo en una pieza, y la confianza con que, por mis ocupaciones, trataba a los santos, no dejó florecer mi impulso místico.

—Entonces, ¿sabrá muchas oraciones?

—El "Padre Nuestro" lo sé en castellano, en latín y en francés.

—Admirable, don Alejandro.

LA PRIMERA NOVIA

—¿Qué recuerda más vigorosamente de esa época infantil?

—¿Qué sé yo!... Los viajes a que nos obligaban los traslados de mi padre... Las pedreas con otros chicos...



Es la época de la impopularidad; cuando pronuncia sus mejores discursos y vuelve a lograr el máximo prestigio.

—Algún suceso notable...

—Yo presencié la entrada en Madrid de Alfonso XII. La presencié subido a un farol situado en el Salón del Prado, un farol que estaba frente a lo que hoy es Banco de España.

—¿Y un amor? ¿Una primera pasión?

—Pues sí. Desde la escuela, aquí en Madrid, yo veía siempre a una vecinita que se ponía a bordar en su balcón...

La escuela sería sucia, oscura, inhospitalaria. Los niños, llenos de tedio, de aburrimiento, irían cantando la tabla de multiplicar. Por la ventana de cristales empañados y rotos se veía la casa de enfrente: una fachada gris, con desconchaduras, en la que se alineaban unos balcones también sucios y grises. Y un día—sería ya por la primavera—, un balcón—desde entonces "su" balcón—abrió sus puertas de cristales y una niña se asomó a mirar la calle. Luego, esta niña desapareció en las sombras de la estancia para reaparecer con una silla baja en la mano. El niño de la escuela estaría mirando, mirando.

La niña tornó a desaparecer. Volvió al cabo con un pequeño bastidor. Luego de sentarse, sujetó el bastidor sobre sus rodillas y comenzó a bordar. Así un día y otro.

Desde el banco, desde el pupitre de la escuela, el niño no la perdía de vista. Emborronaba las planas. Equivocaba los números. En su espíritu se produjo una gran ansiedad, un hondo desasosiego, un anhelo inefable. Hasta que un día...

—Para ella—continúa el señor Lerroux—escribí mis primeros versos. Unos versos en que me ayudó mi madre, muy lejos de saber ni presumir la causa de aquel comezón lírico. Véalos. Aquí están, en este libro que he publicado no hace mucho.

Los versos, los primeros versos del ministro de Estado, eran un acróstico, y dicen así:

¡Oh, niña esbelta y gentil!
Toda gracia y donosura
Y tersa tu frente pura,
Lucrecia envidia de ti.
Iris de paz y ventura,
Aroma de mi pensil.

—¿Otilia?

—Sí. Se llamaba Otilia.

Una pausa.

—Murió. En una de mis correrías—no hace muchos años—conocí a una hermana suya que me contó su enfermedad; que me enseñó un retrato de cuando estaba muy enferma.

El señor Lerroux hace un gesto vago y triste.

—Con los dos cuartos que me daban los domingos le compraba flores, que dejaba en la puerta de su piso, luego de llamar muy fuerte. No debió sospechar nunca nada.

Y uno, que también se enamoró de una niña cuando iba a la escuela, está a punto de guardar el lápiz y las cuartillas para decir:

Quedé espantado de la forma en que trabajaban los mineros. Aquello era cruel, inhumano; con todos los caciques frente a ellos. Se veían hombres de treinta y cinco años, viejos como si tuvieran setenta, poseídos por el temblor mercurial. Fui al Congreso y pronuncié un discurso que emocionó a la Cámara. Tanto, que aquella misma tarde, el ministro ordenó una visita de inspección. Como consecuencia, se hizo un proyecto de ley reorganizando el trabajo, aliviándolo, dándole un poco de calor de humanidad. El pueblo me agradeció tanto mi intervención parlamentaria y sus frutos, que, al tener que emigrar yo a la Argentina, como mi situación económica no fuese muy brillante, los obreros de Almadén vaciaron sus cajas y me entregaron tres mil pesetas para que me marchara. Todo lo que tenían.

—¿Y su mayor emoción?

—Fué en Rosario de Santa Fe. Estábamos celebrando un mitin. Al acto asistían muchas mujeres. Cuando el entusiasmo era mayor llegó un telegrama en el que se me decía que, en lucha contra la Solidaridad, habíamos sacado tres diputados por Barcelona. Fué un triunfo muy considerable, ya que mis amigos lucharon sin tenerme al frente y estando yo expatriado. Cuando leí el telegrama al público, las aclamaciones, los vivas y los aplausos pusieron una gran emoción en todo. Recuerdo que eran muchas las mujeres que lloraban.

Ya tenemos a Lerroux diputado, orador, periodista, emperador del Paralelo.

—¿Cuántas luchas, cuántos sinsabores, cuánta voluntad tendría que poner en su obra! Primero, ¡hala!, arriba, a trepar, a subir, a colocarse en la cumbre, y luego, a sostenerse, a defenderse contra todo, contra todos. Así cuarenta años.

—¿Las campañas periodísticas le obligarían más de una vez a batirse?

—En efecto. En aquella época romántica, los periodistas nos batíamos con frecuencia. Yo fui al terreno del honor seis veces.

—¿Con quién?

—La primera, con Julio Burell. Luego quedamos muy buenos amigos. Después, con un reportero de "El Resumen". Por cierto, que fué padrino mío Guillermo Rances, marqués de Casa la Iglesia y amigo político de Silvela.

—¿Herido alguna vez?

—Una. Por el doctor Escuder. Pero dejemos estos recuerdos, un poco fanfarrones y un mucho románticos.

LA CARCEL

—¿Quién no ha estado en la cárcel? Yo he ido varias veces contra mi voluntad.

—¿Algo notable?

—¿Notable? En 1898 estuve nueve meses. Sufrí ocho consejos de guerra y me pedían unos cuarenta años de presidio.

—Es una cifra respetable.

—Necesité tres indultos para poder verme libre. Uno, el del Tratado de París al terminar la guerra con los Estados Unidos. Otro, que pidió la Prensa, y otro, por influencia de Castelar.

Y AHORA...

Ahora es el momento de la esperanza. Alejandro Lerroux deja correr su verbo diciendo sus ilusiones, afirmándose en su esperanza.

El ministro se pone en pie. Mientras el señor Lerroux está sentado, su magnífico empaque pone en el pensamiento una idea fija, una idea que dice: "Es el señor ministro de Estado." Ya en pie, la figura ministerial se desvanece un poco, muy poco, porque es el torso donde se fija toda su importancia.

—Entonces, señor Lerroux, si España necesitara...

El gesto de don Alejandro es tan elocuente que no precisa de palabra alguna. España y la República pueden confiar en esta gran figura del nuevo retablo constituyente.

F. MARTINEZ-CORBALAN



En el mitin de la plaza de toros, Lerroux pronunció su discurso de futuro ministro.

—Yo también, ¿sabe usted? Todas las mañanas iba a misa, a la iglesia de las Escuelas Pías, de Sevilla, una muchachita que...

Pero no dice uno nada.

CAMPAÑAS, TRIUNFOS, EMOCIONES

Alejandro Lerroux es cabo de un regimiento de ingenieros. Hace, después, seguros contra los pedriscos. Comienza su voluntad a querer ser. Llama a las puertas de "El País". Ya es periodista, ya ha llegado a dirigir el periódico. Funda "El Progreso". Un día llega un joven rubio, de quieta mirada y torpe ademán. Del bolsillo saca un montoncito de cuartillas. Es un artículo. Al pie de estas cuartillas se lee este nombre desconocido: José Martínez Ruiz. El artículo se publica, y torna a aparecer por la redacción el joven rubio de labios apretados, de rostro quieto y ademán tosco. Su nombre empieza a ser conocido, discutido. Luce el joven un monóculo. Un monóculo y un paraguas rojo. Lleva el pelo largo, cortado en melena. Y ya no es el señor Martínez Ruiz. Es "Azorín". Este mismo "Azorín" a quien Alicante, su tierra natal, ha dejado sin acta.

Entre tanto, Lerroux hace su gran campaña periodística.

—Fué una campaña violenta, dura, tenaz, aquella campaña contra las atrocidades de Montjuich.

—¿Lo más importante, lo más resonante de usted?

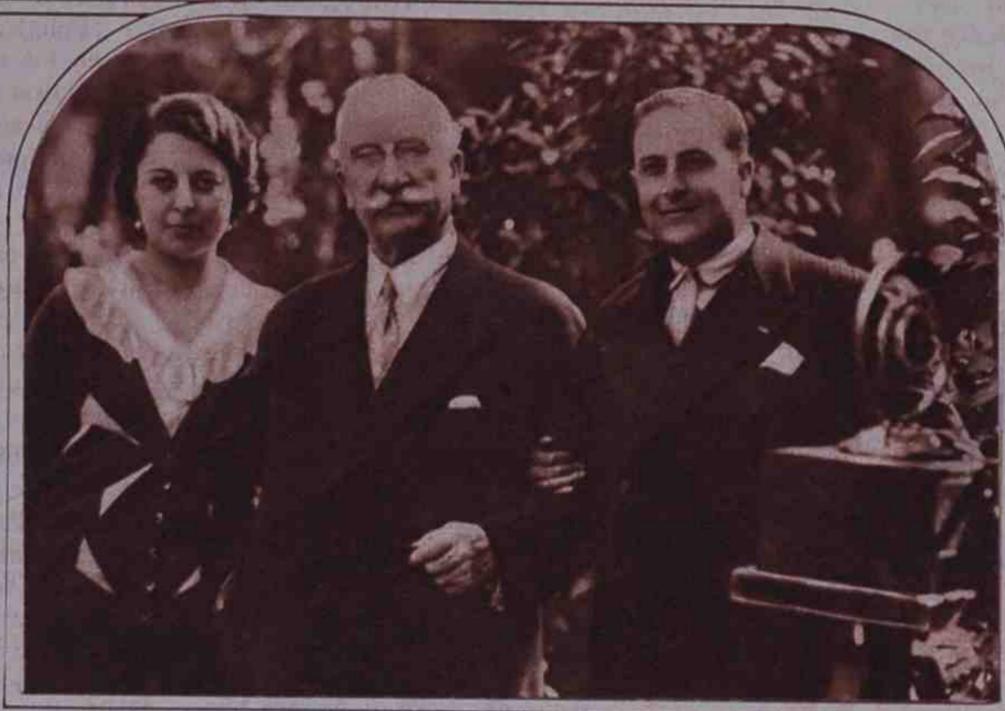
—Creo que sí. Se atormentaba a los presos de un modo cruel, y yo clamé hasta que me oyeron. Algunos deben la vida a aquella campaña, y otros fueron indultados de cadenas perpetuas.

Brillan inquietos, duros, los ojos de don Alejandro. Su mano se ha cerrado y el puño golpea nervioso sobre el brazo del sillón.

—Después fui diputado por Barcelona. En lucha contra todos.

—De su campaña parlamentaria, ¿qué recuerda con más cariño?

—Yo había ido a visitar las minas de Almadén.



Un gran salto. Toda la lucha queda atrás. La República triunfa y se consolida, y don Alejandro, encanecido, pero arrogante, se entrega a estas amables expansiones familiares en el jardín de su hotel. (Foto Vandell.)



El presidente del Gobierno de la República, con el ministro de Estado, señor Lerroux, y el ministro de la Guerra, en la presentación de credenciales del nuevo embajador francés. Es decir: el señor Lerroux ejerciendo sus funciones ministeriales.